

CONTINUIDAD Y CAMBIO DURANTE EL SIGLO VI A. C. EN EL SURESTE: LA REALIDAD DE UN POBLADO INDÍGENA (EL CASTELLAR DE LIBRILLA, MURCIA)

M. Milagrosa Ros Sala

*Dpto. Prehistoria, Arqueología, H. Antigua y Medieval.
Universidad de Murcia.*

Entre la amplitud de los temas que sobre la Protohistoria peninsular trató el Prof. Maluquer a lo largo de su fructífera actividad investigadora, siempre estuvo presente una profundización referencial, obviamente ineludible, al determinante papel que jugó la dinámica comercial derivada de los hechos sociopolíticos acontecidos durante el s. VI a. C. en el Mediterráneo Oriental y, como reflejo, en las esferas Norte y Sur de su cuenca Occidental, sobre las comunidades del Sureste Peninsular —entre otras zonas de la costa occidental— a las que con su genial y habitual intuición histórica, calificó pronto de “paleoibéricas”.

La constancia de que era un tema de especial interés en su investigación, unida a la circunstancia de disponer en la actualidad de nuevos datos surgidos de las excavaciones que entre 1980 y 1985 hemos efectuado en el poblado protohistórico de El Castellar de Librilla, ubicado en uno de los ejes neurálgicos del Sureste y sobre el que, en alguna ocasión, tuvimos la suerte de cambiar impresiones con el malogrado profesor, nos ha llevado a analizar esa realidad material indígena o local de dicho período en las líneas que, a continuación, desarrollamos en homenaje a su memoria.

Es obligado indicar que la información gráfica referida tanto a los rasgos de ubicación espacial, geoarqueología, relación planimétrica y desarrollo stratigráfico, como a la definición y evolución tipológica material del asentamiento en el que se centra este análisis no se refleja en el presente estudio por estar suficientemente documentada y plasmada en nuestro libro *Dinámica urbanística y cultura material del Hierro Antiguo en el valle del Guadalentín* al

que remitiremos al lector en repetidas ocasiones a lo largo de este trabajo.

EL ASENTAMIENTO Y SU ENTORNO

La estrategia en la ubicación de este poblado responde al carácter predominante y marcadamente comercial de sus actividades económicas. Así, el asentamiento se emplaza en un cabezo de altura media —300 metros sobre el nivel del mar—, expandiéndose por una amplia meseta basculante conformada como un piedemonte continuo de la ladera oriental del mismo; dicho cabezo, conocido como Cabezo de Basón y limitado al Oeste por la Rambla de Algeciras —tributaria del río Guadalentín por su margen izquierda—, se localiza en la estribación más occidental del macizo de El Castellar que constituye, junto con las Sierras de La Tercia, Espuña y La Muela, el flanco montañoso que bordea la cuenca media y baja del Valle del Guadalentín en su vertiente izquierda. Esta última vertebra, junto con el Bajo Segura, el área prelitoral murciana, a la vez que encuentra una relación directa con el área litoral mediante el pasillo que abre el cauce de la Rambla de Las Moreras entre las Sierras del Algarrobo y la de Las Moreras; el inicio del citado cauce se aproxima al del Guadalentín en el paraje de El Paretón, a menos de 20 kms., en dirección suroeste, desde el poblado que nos ocupa (ROS SALA, 1989).

El suelo en el que se inserta el área de poblamiento y su entorno inmediato, ofrece como base geológica una serie

tipo constituida por margas con intercalaciones yesíferas, areniscas y conglomerados, formada en el Tortonense Superior, que emergen, bordeándola, de la cubeta neógena que rellena el fondo del Valle. Estas características litológicas así como los factores microclimáticos y edáficos influyentes, determinan la reconstrucción en su entorno de un paisaje formado por bosque esclerófilo —encinar, coscoya, sabina negra— y una vegetación en la que domina la asociación *Chaemaeropo-Rahmnetum* con el espinos y el lentisco como especies más representativas, a la vez que la existencia de una excelente disponibilidad de terrenos propicios para el cultivo —suelos de tipo *calciorthid* con capacidad agrológica alta en condiciones de regadío (Albaladejo, Díaz, 1983, 117)— en los amplios glaciares que bordean las márgenes del Guadalentín.

LA SECUENCIA ESTRATIGRÁFICA

El estudio global de las áreas excavadas en el citado poblado, ha permitido la individualización de hasta siete fases de ocupación continuada, con identidad espacial en las comprendidas entre la II y la VI, cuya amplitud cronológica abarca desde el siglo VIII y el IV a. C. La adscripción cultural de los siete complejos individualizados responde a los conceptos sociales, materiales y culturales que, en la investigación actual del Sureste, definen el período Reciente del Bronce Final, así como los períodos I y II del Hierro Antiguo y el Hierro Pleno (ROS SALA, 1989).

En nuestro intento de definir la realidad autóctona del Sureste en el s. VI a. C., de las Fases citadas nos interesa, fundamentalmente, la IV —así como las relaciones de continuidad o cambio que entre sus rasgos urbanísticos, cualidades materiales y aspectos industriales, económicos y sociales, puedan deducirse respecto de la Fase III, inmediatamente anterior— y la V de desarrollo consecutivo.

La diferenciación secuencial de dos subfases dentro de la Fase IV, responde a criterios estratigráficos afectados en su interpretación por el desarrollo espacial que ofrecen las áreas de funcionalidad diversa detectadas en el Sector I del poblado. Así, a la subfase IV a se asocian las estructuras de habitación superpuestas a las de la Fase III y la construcción, a lo largo del período de desarrollo de la misma, de las instalaciones de carácter industrial o artesanal identificadas como Horno M —para cocción de cerámica— y Horno E destinado a la fundición de mineral. Como IVb se identifica el período inmediatamente posterior al inicio de la actividad del Horno M, en el que las sucesivas capas de limpieza de la cámara de combustión y los desechos de piezas defectuosas llegan a invadir la casa G2, evidentemente ya abandonada, y el reinicio de la actividad fundidora en el Horno E; supone, por tanto, una diferenciación de matiz más contextual que cronológico, puesto que individualiza dos

áreas de distinta funcionalidad cuyas actividades se desarrollaron, en su mayor parte, de forma coetánea. La Fase V constituye un segundo y largo período de actividad del horno M, fundamentado en el incremento de la producción cerámica que se refleja en los dos metros de niveles de deposición de desechos que se superponen, sucesivamente y entre capas de sedimentación erosiva, sobre los acumulados en la Fase IVb. En esos momentos, al menos esta pequeña zona del Sector I se abandona como área de habitación para convertirse en lo que podríamos denominar “barrio industrial”; es el momento, asimismo, de fuerte actividad del horno de fundición E que se traduce, igualmente, en potentes capas de ceniza, procedentes de la transformación del combustible vegetal utilizado, y escorias de desecho.

LAS BASES DEL DESARROLLO ECONÓMICO: LOS SIGLOS VIII-VII A.C.

En esta secuencia, pues, ¿qué rasgos habían definido la Fase III, culturalmente adscrita al Hierro Antiguo I del Sureste? En una escueta revisión, éstos se enmarcan en el período de fuerte desarrollo económico que impulsa la colonización fenicia entre los pueblos asentados en las costas del Mediterráneo Occidental y en los territorios interiores limítrofes con aquéllos. En el caso concreto que nos ocupa, el estímulo directo viene suscitado por las instalaciones coloniales fenicias de Málaga y Granada, o, en su defecto, por quienes a ellas proveyeran desde el punto de vista comercial, y la comprobada arribada de sus naves comerciales a puntos concretos de la costa murciana; en este sentido apuntan no sólo los datos que tenemos en los poblados del interior, sino incluso los propios que ofrece la costa en el desarrollo actual de la investigación. En efecto, pese a que sobre el carácter que debió tener el enclave costero de Los Gavilanes (Mazarrón) resulta prematuro hacer una valoración correcta del mismo en lo que a su existencia en los siglos VII-VI a. C. comporta —tan sólo contamos con los resultados de una primera campaña de excavaciones—, es evidente que la presencia de materiales de filiación fenicia e incluso la determinada y concreta tipología de los mismos —pese a proceder, en su mayor parte, de los niveles superficiales de sedimentación erosiva— indican un posible punto de recalada de estas naves, al menos en sus itinerarios comerciales en el área del Sureste-Levante-Ibiza, ya desde momentos tempranos, mediado el s. VIII a. C. (ROS SALA y LÓPEZ PRECIOSO, e.p.).

En lo que a cultura material se refiere, esta fase cuya amplitud cronológica abarca el final del s. VIII y, fundamentalmente, el s. VII a. C., se caracteriza por un intenso desarrollo de las actividades comerciales iniciadas ya en la Fase II, reflejadas ahora en un significativo intercambio no sólo de objetos sino también de productos envasados que

en el período precedente estaban presentes todavía en una mínima proporción. Esta circunstancia lleva aparejada, en principio, la plena difusión de una técnica ceramística que a corto plazo induce una serie de cambios en los modos de vida; se suma a ello el aumento de la actividad metalúrgica —con lo que ello conlleva en el desarrollo del poder económico y, a medio plazo, social de estas gentes—, detentada por clanes o grupos familiares aunque con una producción de carácter artesanal que sobrepasa, en una peculiar relación, el ámbito estrictamente familiar. Desde el punto de vista urbanístico este período ocupacional se caracteriza por la planificación del hábitat y el concreto ordenamiento de sus unidades habitacionales, a la vez que se detecta una notoria ampliación de los espacios interiores domésticos —indicativo de un aumento poblacional significativo— junto con la presencia generalizada de elementos constructivos internos y externos, exponentes del incremento generalizado que se produce en el nivel económico del poblado, cuya variabilidad cualitativa, de unas a otras unidades, supone un interesante reflejo de diversificación social.

Ante estos hechos e incidiendo en el aspecto de la industria ceramística, no es de extrañar, pues, que se produzca ahora un evidente aumento cualitativo y una significativa ampliación del repertorio vascular, no sólo en lo que a formas y estéticas foráneas respecta, sino también —y ello es, quizás, el más claro exponente del sentido de aculturación que esta fase supuso entre las gentes del Hierro en el Sureste— en la adaptación de las formas y gustos de la propia tradición local a esas nuevas modas que, sobre la base de una estética oxidante, decora e impermeabiliza los recipientes cerámicos con pintura marrón/roja o con engobe o barniz rojo. Pero, aún más, la generalización de esta nueva estética que convive, en el caso de tipos cerámicos concretos, con formas tradicionales y foráneas manufacturadas al gusto reductor, lleva aparejada su plasmación no solo en los vasos llegados de fuera como importación sino también, y ello es lo más significativo, sobre formas de la más pura tradición ceramística del Bronce Final Reciente —fuentes/tipo A, cazuelas/tipo B, escudillas/tipo C, tazitas de paredes finas/tipo D (ROS SALA, 1989), llegándose al punto álgido del índice productivo ceramístico del momento en la circunstancia de la manufacturación local de un grupo cerámico —individualizado como Grupo VI— que imita una técnica decorativa foránea y de cuya irrupción en el circuito comercial —con un carácter probablemente muy localista, restringido a la zona del hinterland más próximo o, incluso, exclusivamente local— es factible pensar que tenga como objetivos inmediatos satisfacer, con un coste probablemente menor, la demanda creciente de los novedosos recipientes de barniz rojo cuyo peculiar acabado imita.

Es sintomático, en este último sentido, que algunas de estas nuevas técnicas de acabado, como pintura monocroma y barniz rojo, se apliquen ahora a tipos vasculares

—platos sin labio, por ejemplo— de filiación no local pero en los que esta circunstancia no se había dado hasta entonces, ya que tanto pintura como barniz solo habían aparecido en la fase precedente, entre el tipo plato, en las variantes provistas de labio vuelto y en las de labio vuelto y pendiente.

Si en el ámbito de la vajilla de mesa, o fina si se quiere, se detecta sin lugar a dudas el incremento de la demanda comercial de la producción ceramística en sentido estricto, dicho reflejo se hace más patente en lo que a demanda de productos “envasados” se refiere. En efecto, la presencia de restos anfóricos de filiación fenicia se incrementa ahora de forma considerable hasta alcanzar un índice — 34,37%— en términos absolutos, que no será superado ya en las restantes fases de ocupación del poblado; incidiendo en este concreto aspecto del comercio de productos envasados —es de suponer que de naturaleza alimenticia, fundamentalmente— destaca, así mismo, la mayor presencia de grandes tinajas de cuello y asas geminadas —Tipo K— para almacenamiento doméstico de líquidos o sólidos, indicadores, en cierta forma, de la existencia de excedentes de utilización en el ámbito doméstico, que se completaría con una producción igualmente excedentaria, destinada al comercio colonial o local. Pero sobre este último punto, en el que hemos indicado la posible existencia de una producción propia destinada a su comercialización o, lo que es igual, de una relación comercial entre dos agentes activos —colonia/factoría y poblado indígena—, volveremos más adelante al detenernos en las producciones cerámicas de vajilla de mesa y de transporte o almacenamiento salidas del horno cerámico M, estratigráficamente asociado a las fases ocupacionales IV, V y VI.

En definitiva, desarrollo económico no totalmente inducido, aumento del poder adquisitivo de estas gentes, crecimiento demográfico y urbano, ordenamiento y planificación del hábitat, reflejo de diversificación socio-económica de origen artesanal dentro de una economía en desarrollo generalizada, etc., sobresalen, caracterizándola, en la Fase III; pero sobre todas estas realidades planea una significativa continuidad, respecto a la Fase II, no sólo generacional sino, lo que es más importante para el tema que nos ocupa, del modelo económico que, en el fondo, generó dicha prosperidad.

Es precisamente la constatación de cambios y de una progresiva modificación en los modos de vida conducentes a truncar, en cierta forma, dicha continuidad, el factor que, en el ámbito local, sobresale entre las circunstancias socio-culturales que conforman el largo período de crisis que comienza con el s. VI a.C., en este y otros ámbitos peninsulares, ante el drástico corte de las fuentes comerciales en las que la economía local había bebido durante los ss. VIII-VII a. C.; su inmediato y más ostensible reflejo en Librilla es el abandono o destrucción no violenta de las viviendas de la

Fase III, sobre cuyos restos se hace efectiva una nueva ocupación en la que el ordenamiento urbano, bajo idénticos condicionantes topográficos, responde a patrones constructivos y factores socioeconómicos distintos.

LOS CAMBIOS EN LA URBANÍSTICA Y LA REORDENACIÓN URBANA DEL S. VI A. C.

El cambio de orientación, que no ruptura, cultural que las gentes del poblado viven en la fase IV —más acentuadamente durante la subfase inicial o IVa, esto es, en la primera mitad del s. VI a. C.— se hace patente no sólo en el aspecto material, cultural o económico —aunque el cambio sufrido en las fuentes de estímulo comercial fue, evidentemente, el factor desencadenante de la situación— sino también en materia urbanística. Así, pese a que hemos de seguir hablando de identidad en el carácter natural del desarrollo urbano, se produce ahora una reestructuración que lleva aparejada no sólo una distinta ordenación de las viviendas, las cuales se adosan unas a otras formando hiladas que, no obstante, siguen el trazado natural de la pendiente y en las que no aparecen indicios de calle como espacio de comunicación predeterminado, sino que, además, una parte del espacio anteriormente ocupado también por viviendas se destina ahora a un uso muy concreto y de carácter industrial; las plantas de estas casas encierran espacios interiores más reducidos que responden a plantas rectangulares con zócalos pétreos de menor entidad como elementos de tabicación que diversifican los ambientes internos, circunstancia a la que igualmente contribuye la situación del pavimento a diferentes niveles.

La asociación de estas diferencias —respecto a la arquitectura que desarrollaron las viviendas, exentas y emplazadas a ambos lados de una calle central, de la Fase III— con elementos tan significativos como bancos adosados a lo largo de la pared o enlucidos con motivos policromos pintados, apuntan hacia una nueva y significativa matización de la arquitectura y el urbanismo del poblado de origen, esta vez, en el cuadrante Noreste de la Península —según parece indicar su asociación con elementos de dicha esfera cultural, presentes en el contexto material de los recintos domésticos e industriales de esta Fase IV— matización que parece pudo tener un carácter general, al menos en esta zona del Sureste, a tenor de la identidad en los cambios arquitectónicos que sufren otros poblados del entorno del Valle del Guadalentín-Bajo Segura, con hábitat de carácter continuado —hecho de importante significación, como homogeneizador del proceso de cambio en la región— como el del Verdolay, ubicado en las laderas del Cerro de Santa Catalina del Monte (ROS SALA, 1986-87).

Pero ante este reordenamiento del hábitat entre cuyas motivaciones más profundas pudo estar el descenso demográfico, que en otros aspectos es igualmente deducible —espacios internos más reducidos en las viviendas, drástica reducción de la producción ceramística en general, etc.— y, por tanto, la menor necesidad de espacio dedicado a habitación, cabe preguntarse qué ocurre con las instalaciones de carácter industrial que en la fase III aparecían asociadas a las viviendas, tal es el caso del horno de fundición N anexo a las casas M y D. También este aspecto sufre una serie de modificaciones que se traducen en la concentración espacial de las instalaciones destinadas a producciones diversas como la ceramística y la metalurgia, hecho que implica, en primer lugar, la dedicación por el grupo o los grupos humanos que habitan el poblado de un área específica del asentamiento para el emplazamiento de unas estructuras de envergadura suficiente como para pensar que las actividades desarrolladas en ellas no sólo rebasaban, en términos de posesión, la relación estrictamente doméstica, familiar o clánica, que se detectaba en la Fase III, sino que, además, en términos de producción, continuaron su actividad, si bien, como hemos indicado más arriba, se restringió a un mercado menor y, quizás, más local, en correspondencia con la aminoración e inmediata interiorización del mercado ceramístico y metálico deducible tanto de la interrupción de la corriente comercial con las colonias fenicias como del propio descenso poblacional que la crisis económica producida por aquélla conlleva.

Una única circunstancia no cambia en este aspecto de la producción que podemos denominar ya “industrial”, ésta es la identidad en la ubicación del horno metalúrgico E —Fases IV, V, VI— respecto del horno N —Fases II y III— que lleva a incidir en la estrecha relación, desde un momento inicial, de esta explotación con determinados colectivos, relación que pudo continuar de forma generacional en períodos posteriores.

LA CULTURA MATERIAL DE LA FASE IVa: INICIO Y DESARROLLO DE LA CRISIS COMERCIAL DEL S. VI A.C.

El porcentaje de esta primera fase sobre el total del material ofrecido por los niveles del poblado supone tan sólo el 11,50 % frente al 31,83% del período inmediatamente anterior y el 6,81% de la subfase IVb o el 16,94% de la Fase V (Gráfico 1); es, pues, éste el primer indicio de la drástica reducción que en la producción ceramística tiene lugar, circunstancia esta que podría implicar, en principio, descenso demográfico y/o enfriamiento económico de signo diverso aunque en obvia relación con la ralentización o desaparición de los incentivos económicos que en la fase

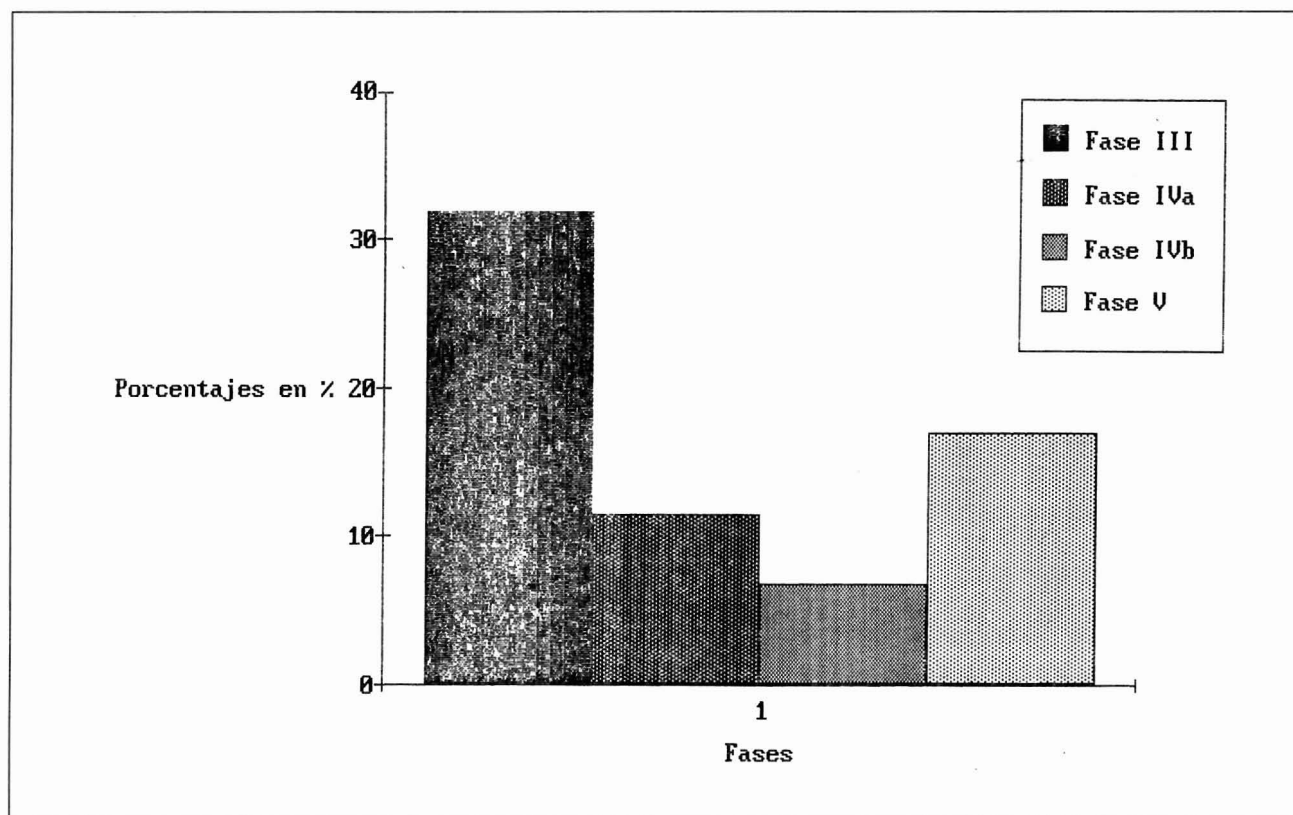


GRÁFICO 1. Producción total por fases.

anterior habían propiciado el alto desarrollo al que anteriormente hemos hecho referencia.

Excepción hecha del grupo VII, en el que se engloban las cerámicas a torno policromas y del que no consta su presencia en esta subfase ni en la IVb y tampoco lo hará en la Fase V, entre los grupos cerámicos diferenciados se registra un descenso generalizado que en términos absolutos varía entre el 20,75% que registra como reducción el grupo VIII —cerámicas a torno sin tratamiento en superficie— y el 76% de caída que sufre la producción o presencia del grupo IV o de las cerámicas de barniz rojo. Profundizando en la información que suministran los índices de aminoración, es interesante resaltar que de los siete Grupos representados, cuatro sobrepasan el 50% en el índice de descenso, correspondiendo el máximo —76% de bajada— al ya mencionado grupo de las cerámicas de barniz rojo, seguido del grupo V, o de las a torno pintadas monocromas, y del I que agrupa las a mano finas, cuyos índices alcanzan el 69,04% y el 68,96% respectivamente. También en el caso de las grises a torno —Grupo III— el índice de aminoración es mayor del 50%, pues supone el 53,54%, seguido del 40% de descenso que indican los respectivos porcentajes de las fases III y IVa para las cerámicas a torno pintadas y

bruñidas. Son igualmente interesantes y significativos los niveles de descenso del 40 y del 31,59% que alcanzan las cerámicas a torno sin tratamiento, esto es, las destinadas a almacenamiento y transporte, y las a mano toscas, o de cocina y almacenamiento, englobadas en los grupos VIII y II respectivamente (Gráfico 2).

Se produce, por tanto, un descenso generalizado del ajuar cerámico, aunque más acusado entre las cerámicas de filiación foránea y funcionalidad centrada en la vajilla de mesa —barniz rojo, pintadas monocromas, grises o pintadas monocromas que se mantienen ausentes—, con lo que ello supone de declive comercial, en lo que a productos manufacturados importados respecta; pero, al mismo tiempo, el índice de descenso que muestra el grupo compuesto fundamentalmente por envases para transporte es el menor registrado en la globalidad de la vajilla doméstica de la fase IVb, por lo que el carácter de dicho decaimiento comercial queda matizado por la subsistencia, no obstante debilitada, de una concreta línea o corriente comercial de especial incidencia en el intercambio de producto/objeto de comercio, que parece no verse, todavía, tan afectado por la crisis de intercambio como se vio el comercio de manufacturas. Por otra parte, el hecho de que entre los grupos considerados

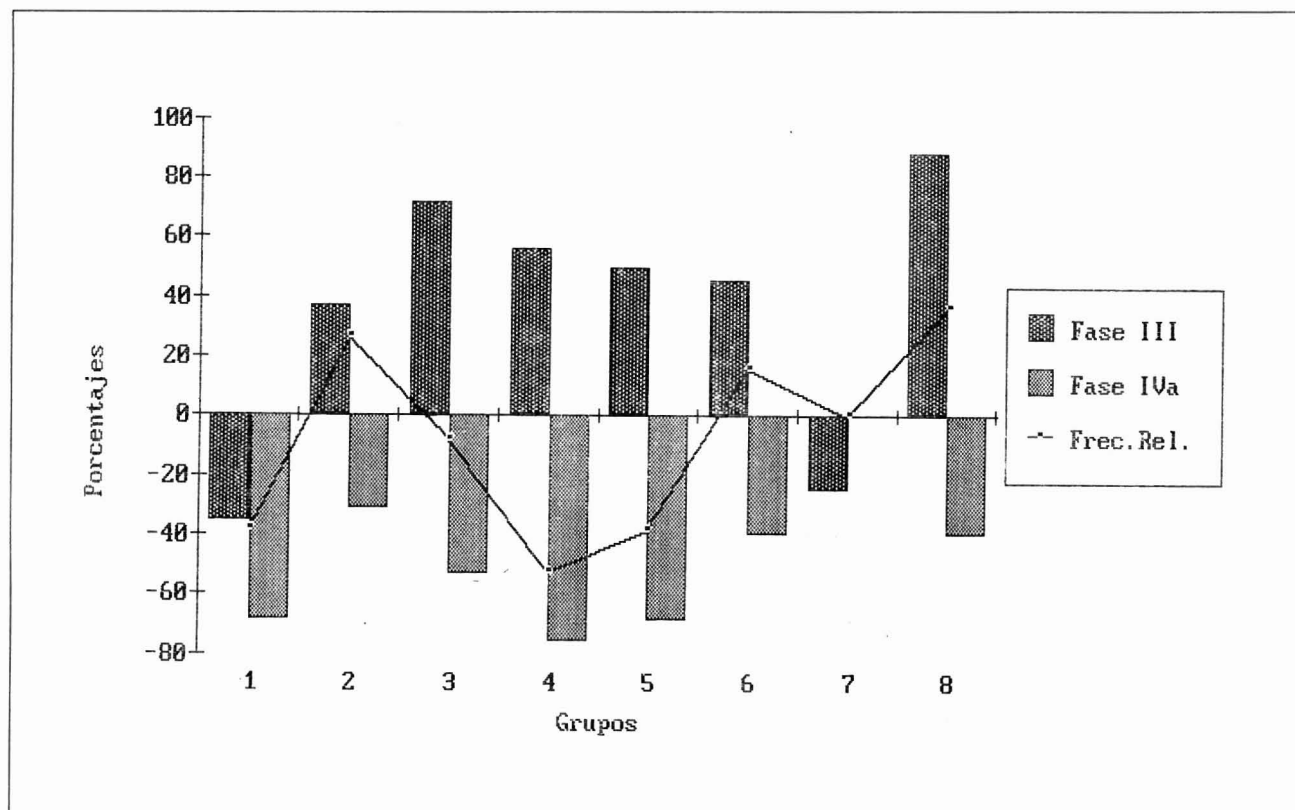


GRÁFICO 2. El Castellar (Librilla). Índices de aumento y reducción de la producción cerámica en términos absolutos y relativos en las fases III y IVa.

exclusivamente locales como el I, el II y, probablemente, el VI, los descensos sean, asimismo, considerables —68,96%, 31,59% y 40% respectivamente—, supone también la existencia de una crisis demográfica ya que, en principio, la demanda interna se vio igualmente afectada en una progresión descendente que culminará en la subfase IVb.

La incidencia de estos fenómenos socioeconómicos se deduce, igualmente, del análisis no comparativo de los términos de proporcionalidad o frecuencia relativa de los grupos en que se manufacturó la vajilla cerámica de esta subfase. El mayor papel lo jugaron los grupos de tradición local con un orden de prelación en el que la mayor frecuencia corresponde a las cerámicas grises a torno; en una proporción semejante se presentan las cerámicas a mano toscas —24,68%— que, no obstante, son superadas por el índice de proporcionalidad del 26,58% que alcanza el grupo VIII. En esa generalizada tónica de reducción que estamos viendo e incluso con una mayor incidencia, se cuantifica la representación de los grupos en los que predominantemente se manufacturaron tipos no locales; entre ellos el que jugó un papel algo más destacado o tuvo una mayor presencia fue el grupo V que reúne las cerámicas a torno

pintadas monocromas que suponen un 8,22%, seguido del de barniz rojo cuya presencia en la globalidad de la vajilla de esta subfase representa sólo un 3,79%. Tan sólo se aprecia un cierto aumento de la importancia y representatividad del grupo VI; de hecho, el índice del 1,89% que ahora presenta es el mayor que alcanzará a lo largo de la vida del poblado, aunque en términos de producción el porcentaje mayor lo había alcanzado en la Fase anterior.

Los índices de descenso tienen, pues, un carácter mantenido a la vez que uniforme, entre las producciones de índole local y función marcadamente utilitaria, mientras que en las de filiación no local y carácter más suntuario, al menos desde el punto de vista meramente estético, la caída es muy acusada. Finalmente, en relación con el contraste entre el descenso más sostenido que ofrecen las cerámicas de grupos locales frente al más intenso de los foráneos, es sugerente la hipótesis de una salida del poblado, a raíz de la crisis sociopolítica que viven las colonias fenicias de Occidente como reflejo de los problemas de Tiro con Asiria, de grupos de gentes de ascendencia foránea cuya presencia en el poblado durante la Fase III darían a diversos aspectos de la misma —urbanismo, arquitectura, econo-

mía, cultura material, etc.— ese carácter de expansión económica, social, demográfica, etc., del que ya nos hemos hecho eco en estas páginas en lo que a El Castellar de Librilla respecta, y cuya realidad ha sido constatada en otros puntos poblacionales del Sureste de igual asociación cultural (GONZÁLEZ PRATS, 1983).

Si continuamos ahondando en la información que suministra la cultura material de este período, deteniéndonos en la comparación de los índices de frecuencia relativa aplicada a los grupos cerámicos de la misma respecto de los de la Fase III, nuevamente se constata ese descenso de los grupos con tipos de filiación foránea que en el caso del barniz rojo se traduce en un declive del 52,50% de su representatividad respecto de la que había supuesto en la fase anterior, mientras que en el caso del grupo de las a torno pintadas monocromas su papel baja algo menos aunque llega a ser de un 38,70%, índice prácticamente igual al que supone el de las cerámicas finas a mano con un 38,55%. En cambio, los grupos de probable manufacturación local, bien sufren un menor descenso de su representatividad entre el resto de la vajilla de este contexto —caso del grupo de las cerámicas grises a torno cuyo descenso se cifra en un 7,93%—, o bien aumentan su proporcionalidad con índices tan representativos como el 15,87% de las cerámicas a torno pintadas y bruñidas o el 26,21% de las a mano toscas. Pero también dentro de este concepto el índice comparativo que, en términos relativos, ofrece el grupo VIII, al que ya hemos hecho referencia como integrado fundamentalmente por ánforas, incide en la observación de carácter comercial hecha en el párrafo anterior, ya que si en términos de producción absoluta es el grupo con menor descenso, en lo que a proporcionalidad o representatividad comparativa entre las Fases III y IVa respecta es, en cambio, el grupo con mayor implantación entre la vajilla de esta subfase con un ascenso del 36,30%.

Se confirman, así, grosso modo, los fenómenos de significación económica vistos en la conceptualización de los índices de producción absoluta; esto es, el papel mucho menor que parecen representar las producciones de la vajilla de mesa y, en un porcentaje más acusado, las de barniz rojo y las pintadas monocromas; en este sentido es significativo, así mismo, que aun produciéndose un descenso en el papel que debieron jugar los tipos manufacturados dentro del grupo III, la cuantificación de éste no supera en términos de comparación el 7,93% respecto de la Fase III, con lo cual hay que pensar que los recipientes con esta peculiar manufacturación, aún acusando el descenso generalizado de las producciones de este período —recordemos que en términos absolutos su nivel de producción supone ahora un declive del 53,54%—, siguen ejerciendo el papel preponderante que ya tenían en la Fase III pero, además, debieron asumir buena parte del rol que habían desempeñado con anterioridad los vasos de barniz y pintura monocroma y

ello es importante si tenemos en cuenta que el Grupo III tiene un carácter más marcadamente local que cualquiera de las otras dos producciones señaladas e incluso que las del grupo VI.

Por otra parte, el importante descenso que se produce en el papel jugado entre la vajilla de mesa por el grupo de las cerámicas a mano finas, incide, a nuestro juicio, no sólo en la tónica de descenso generalizado que se produce en este período y al que hemos hecho ya repetidas alusiones, sino también en ese carácter de ralentización o aminoración económica que supone la totalidad de la Fase IV —en la subfase IVb esa disminución del desarrollo económico se mantiene, aunque ciertos indicios de carácter más claramente comercial hacen sospechar que durante ella la crisis tocó fondo e inició su remonte— en la que no cabe hablar de ruptura cultural; los datos de Librilla IV parecen mostrar con ese descenso de la producción en términos absolutos y el papel jugado por las cerámicas de mayor arraigo en su tradición cultural, que no hay ni regresión ni paralización en las innovaciones materiales, industriales y estéticas que se habían aceptado plenamente en la fase anterior, de forma que sus propias tradiciones materiales ya no se recuperaran porcentualmente en ningún momento de las fases siguientes de ocupación del poblado, en las que su descenso irá en progresión pese a que las circunstancias de tipo económico cambien.

Ahora bien, ¿qué datos proporcionan al respecto los propios recipientes cerámicos desde el punto de vista de su propia individualización? De los tipos cuyas características de manufacturación y morfometría apuntan a su uso más frecuente como vajilla fina o de mesa están presentes la fuente, la cazuela, la escudilla y, por asociación a estos últimos, el soporte; la función más concreta de éstos debió ser la de un servicio común o no individualizado, bien para servir o bien como simple contenedor de líquidos o sólidos; más propios de la segunda opción y como elementos de uso individualizado, aparecen los cuencos y los platos, a la vez que jarros y vasos caliciformes se destinarían a la función de servir, como vertedores o escanciadores, asociados a la forma copa que por primera vez se constata en el poblado. Con este mismo carácter de cerámica fina, aunque con un uso muy distinto al hasta ahora visto para la vajilla de mesa, aparece, finalmente, el ungüentario en forma de alabastrón. Dentro del servicio más propiamente de cocina, aparecen las orzas/ollas, así como los cuencos y las escudillas que pudieron utilizarse indistintamente en ambas parcelas domésticas. Para el servicio de almacenamiento, tanto de carácter doméstico como colectivo, y el transporte de productos o mercancías, se siguió utilizando el pithoi —tinaja con cuello y asas geminadas— y el ánfora. Por tanto, las escasas ausencias se centran en recipientes propios del servicio o vajilla de mesa, como las tacitas de paredes finas o las cráteras, o en recipientes de uso indus-

trial como los denominados cuencos trípodes, asociados en este poblado al área de los talleres de fundición.

Como en la fase anterior la vajilla de mesa continúa siendo la que mayor proporción alcanza, con un 49,33% frente al 23,41% de la cerámica de cocina y el 25,30% de la destinada a almacenamiento y transporte; estos dos últimos porcentajes suponen un incremento respecto a la fase anterior, de significativo carácter en ambos casos, por lo que de síntoma de empobrecimiento interno supone en el caso primero y de sostenimiento del comercio de productos envasados en el segundo de los casos.

Entre el servicio de mesa el plato sigue ocupando el papel predominante que había tenido en la fase anterior, pese al descenso que refleja su frecuencia relativa que supone un 27,84% frente al 32,26% de entonces; en términos de producción, en cambio, el índice de descenso es más elocuente pues del 28,93% anterior pasa ahora a ser del 12,60% tan sólo. Se produce, por tanto, una menor demanda sobre este tipo a pesar de que ello no supone un cambio sustancial en su utilización dentro del servicio de mesa, ya que su índice de proporcionalidad no se aleja en exceso del que llegó a suponer en la Fase III y, en cualquier caso, se mantiene estable si se tiene en cuenta el fuerte descenso de su demanda en términos absolutos. A este respecto hay que destacar el hecho de que se incorporen ahora al repertorio de formas-variantes de este tipo cerámico dos nuevos grupos, el VIII y el VI —este último es una imitación, de carácter probablemente local, de las cerámicas de barniz rojo coloniales—, aunque con índices de producción mínimos; en cambio, de los manufacturados con anterioridad desaparecen ahora los cubiertos de barniz rojo a la vez que disminuyen ostensiblemente los pintados y se afianzan definitivamente los platos grises. Se deduce, pues, de esta circunstancia una rápida desaparición de la estética decorativa del barniz rojo que, tras la pintura monocroma, había sido la predominante entre el sistema decorativo de los platos tanto de la fase III como de la II.

Por otra parte, de la ausencia de ciertas variantes-forma de platos —la 3 y la 11, manufacturadas entre las cerámicas grises, o las formas 5, 6, 10, 11, 12 y 14 con barniz rojo, o las identificadas como 2, 3, 4, 6, 10 y 12 entre las pintadas monocromas—, la mínima presencia de platos con labios vueltos y pendientes que se reduce a dos variantes —variantes 10 y 12—, el aumento de la producción de platos sin labio —dos de cuyas variantes, la G.1 y la G.2, se convierten en las formas de platos características de esta fase—, así como la estabilidad que reflejan las producciones de las formas de platos con borde vuelto, se deduce, en primer lugar, una mayor demanda —47,69%— de los platos con labio vuelto que, incluso en el caso de ciertas variantes como la G.5, G.7 y G.9, aumentan su producción; le siguen en preferencia los platos sin labio, a la vez que desciende bruscamente la de los platos con labio vuelto y

pendiente. En segundo lugar, en lo que al grupo VI respecta, se detecta tanto un ligero aumento de la producción como de la variabilidad de la misma, fabricándose ahora, con esas características, formas con labio vuelto y formas sin labio.

Más brusco es el descenso de la producción de la fuente, componente de la vajilla de mesa que sigue al plato tanto en índice de proporcionalidad como en porcentaje de producción; suponen ahora un 7,56% frente al 34,45% de la producción absoluta anterior, a la vez que el índice de representatividad baja a un 5,69% desde el 13,09% que había supuesto entre la vajilla de la Fase III. En esta última comparación parece entreverse una paulatina asunción de las funciones de la fuente por el plato aunque, si consideramos la hipotética adscripción de funcionalidades referida en páginas anteriores, se pone en evidencia que el plato es el de mayor demanda entre los recipientes destinados al servicio individual como contenedores de alimentos, mientras el tipo fuente lo es entre los propios de uso o servicio no individualizado, circunstancia que se daba ya en la Fase III del poblado.

En cuanto a las preferencias por el grupo cerámico en que se manufacturó este recipiente en la Fase que nos ocupa, es curiosa la constatación de un aumento de la producción en el caso del grupo I que, además, es el que ofrece un mayor porcentaje; este ascenso se refleja, igualmente, entre el grupo III que ahora dobla su presencia entre las cerámicas con las características de fabricación que lo definen; en cambio, con el grupo de barniz rojo es considerable su descenso, pasando de un 21,94% a un 11,11% tan solo (Gráficos 3 y 4).

Poniendo en relación ambos aspectos —aumento de la producción del grupo I o de las cerámicas a mano finas, y papel jugado por el tipo fuente predominante entre el servicio de mesa adscrito, en principio, a un uso no individualizado— no deja de extrañar que sean precisamente las fuentes manufacturadas entre el grupo I las que ofrezcan un porcentaje mayor y que el mismo sea, además, ascendente con respecto a la fase anterior, tal y como se refleja en el 66,66% que alcanza ahora frente al 58,51% precedente. Este peculiar contraste ¿podría ser interpretado como una contrapartida del mercado interno, ante la disminución de la producción de este mismo tipo en barniz rojo y dado que este último grupo suponía en la Fase III un 21,94% mientras en la IVa descienden a un 11,11%? En apoyo de esta hipótesis puede interpretarse el fenómeno de recesión-expansión que, de igual forma, se produce con las fuentes grises a torno entre las fases III —9,74%— y la IVa —22,22%— que aquí analizamos. Abundando en este aspecto, habría que analizar qué formas se reducen y cuál es su filiación, autóctona o foránea, entre el grupo de barniz rojo, que es el que refleja una menor presencia, a la vez que delimitar qué formas-variantes de las cerámicas grises ex-

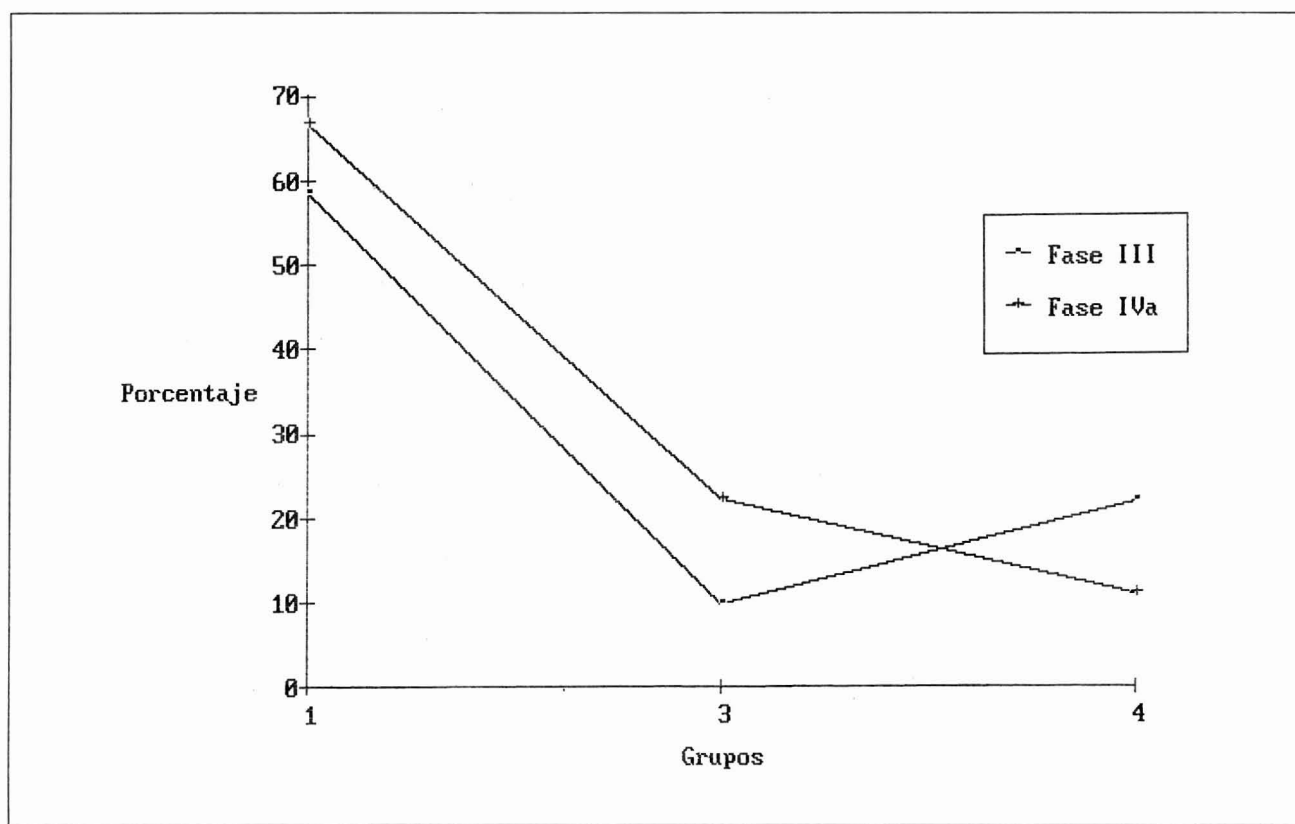


GRÁFICO 3.

perimentan una producción novedosa en cuanto a que no estaban presentes en la fase anterior, o simplemente un mayor volumen de una producción ya conocida. Se trataría así de comprobar si en esta dinámica las producciones grises sustituyen a las de barniz rojo, en el caso del citado tipo cerámico, y, si es así, dilucidar en la medida de lo posible si la sustitución de un tipo por otro obedece al deseo o necesidad de suplir un vacío o descenso de carácter comercial.

En este sentido, las fuentes de carenación media —forma A.3—, de claro origen autóctono y presente ya en la fase anterior, continúan fabricándose ahora en barniz rojo y entre las cerámicas grises a torno; en cambio no aparece en el repertorio de este último grupo la forma A.1 —fuentes de carenación baja, de tradición local—, ni la A.4 —fuentes de carenación alta, también de origen autóctono— lo hará entre el grupo de las cubiertas con barniz rojo. Por tanto, al menos en lo que a las fuentes atañe, los datos no apuntan a un aumento de la producción gris como forma de paliar el vacío de una determinada forma foránea, originado en el cese comercial de una determinada corriente, sino como manera de atender las necesidades de un mercado en proceso de empobrecimiento generalizado.

Pero donde la demanda es mucho menor, dentro del servicio de mesa no individualizado que ahora nos ocupa, es en las cazuelas, cuya producción en términos absolutos se reduce un 92,32% respecto de la anterior a la vez que la frecuencia relativa disminuye de un 4,15% a un 0,63%, esto es, un 84,81%; lo mismo ocurre con las escudillas que de suponer un 27,77% en la Fase III pasan ahora a una producción del 11,11% suponiendo, pues, su descenso casi un 60% a pesar de que su índice de proporcionalidad respecto del resto de la vajilla de esta subfase —2,53% frente a 3,19% de la Fase III, supone una menor caída —20,68%— de su presencia o utilización, menor que en el caso de las cazuelas; ahora bien, esta última circunstancia forma parte del característico mantenimiento, por parte de las escudillas, de índices prácticamente constantes a lo largo de la vida del poblado y en lo que a su uso o representatividad entre el resto de la vajilla contemporánea supone. Es curioso, en lo que a la presencia de este último tipo respecta, que de la comparación de sus índices de producción absoluta entre las fases anteriores y la que aquí nos ocupa, esta última refleje una vuelta al nivel de producción de la Fase II —entonces de un 13,88% y ahora de un 11,11% cuando en la Fase III, como ya hemos indicado, había alcanzado el

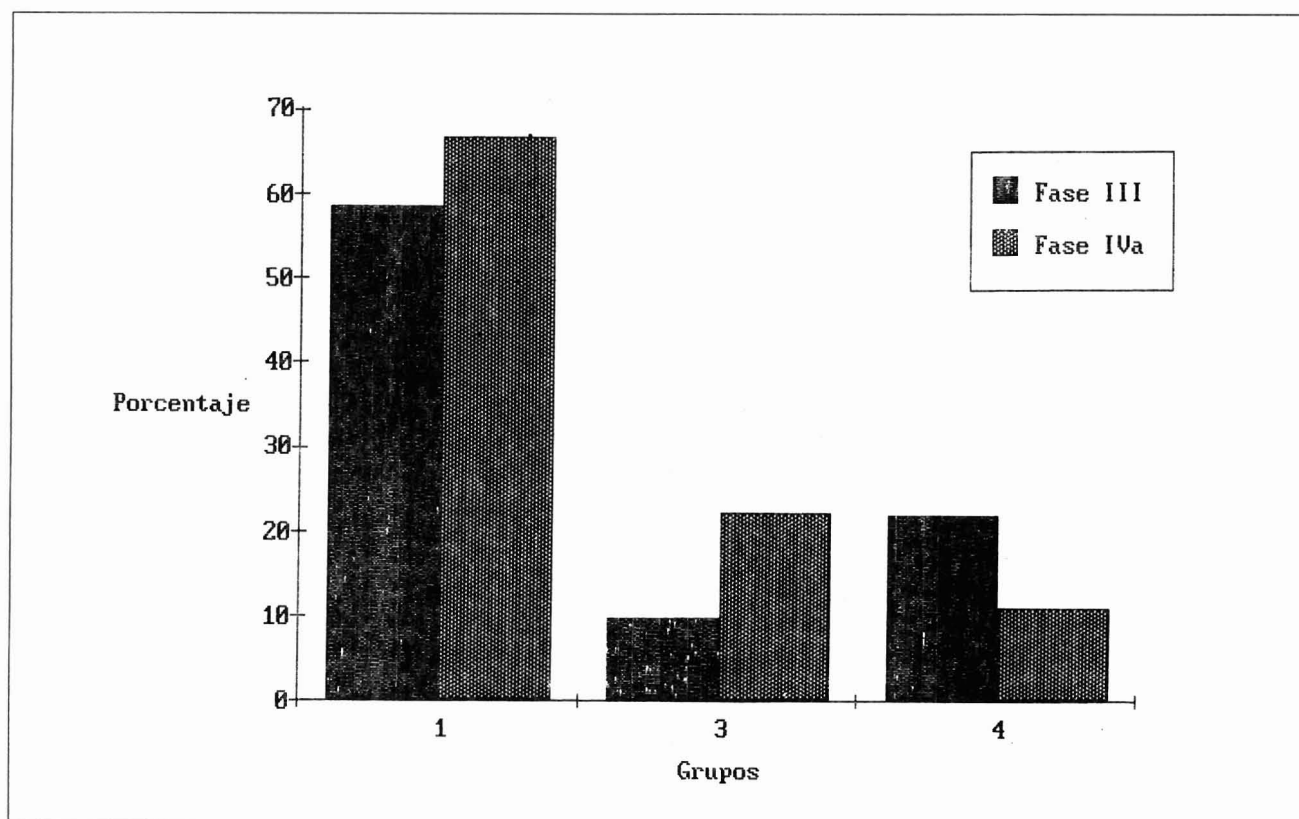


GRÁFICO 4.

27,77%—, en la que el impacto comercial no había sido tan intenso ni de igual carácter que en la III. Este dato parece, pues, interesante ya que, como acabamos de señalar, la escudilla es un tipo que se mantiene constante en su uso dentro de los componentes de la vajilla doméstica, lo que podría estar indicando un efecto de recesión poblacional, similar e incluso algo mayor que la de la Fase II.

Pero en ambos elementos vasculares, cazuelas y escudillas, las variantes representadas, aun siendo de filiación colonial, se fabrican ahora entre las producciones grises; esta circunstancia se da, por ejemplo, con la cazuela B.4 manufacturada anteriormente entre el grupo de las imitaciones de barniz rojo —Grupo VI—, o la escudilla C.3; en cambio falta ahora la escudilla C.4, de filiación colonial y manufacturada entre las cerámicas de barniz rojo, la cual, como acabamos de indicar, había sido característica de la Fase III manufacturada tanto entre el grupo de las cerámicas grises como en las de barniz rojo. A este respecto y dada la estabilidad de los índices de la demanda interna de las escudillas, cabría preguntarse si la presencia de la forma III.C.3 e incluso de la III.B.4 responde, ahora, a una producción local destinada a aminorar la ausencia de formas

similares hasta entonces llegadas como importación vía comercio.

Un efecto muy similar al que ofrecen las escudillas se refleja en los índices de producción absoluta y frecuencia relativa de los cuencos. En efecto, este tipo cerámico, de carácter netamente local, que pese a su funcionalidad como pequeño contenedor de alimentos, se puede adscribir tanto a la vajilla de mesa —un 25% se manufactura ahora en cerámica gris a torno, mientras el 75% continúa haciéndose a mano— como a la de cocina, ve disminuir su producción en un 33%; pero esta menor demanda no se traduce en la reducción de su uso o presencia proporcional entre la globalidad de la vajilla de esta fase, si no que, por el contrario, aumenta de un 3,83% a un 5,06%, lo que supone un 24,30% de incremento. Pero, además, en una significativa concurrencia, el índice de producción de los cuencos se aproxima ahora al que tenían en la Fase II, ante lo cual es factible suponer que su demanda debía ser similar entonces y ahora; es más, esa proximidad se da, igualmente, entre los porcentajes de proporcionalidad del citado tipo cerámico respecto de las vajillas de ambas fases. Ambos fenómenos inciden, a nuestro juicio, en ese am-

biente de depresión económica que ahora parece producirse.

También entre los elementos de la vajilla de cocina se produce un hecho similar; frente a la considerable y significativa disminución de la producción de orzas y/o ollas, que supone una reducción del 33,92%, su presencia proporcional entre la vajilla de esta fase no sólo no desciende sino que aumenta un 18,33%, aproximándose así al índice de proporcionalidad de la Fase II.

En este caso, como en el de los cuencos, los datos expuestos son especialmente significativos al ser tipos locales de uso doméstico, no sujetos a comercio; ello avala, una vez más, el fenómeno de fuerte recesión no sólo comercial sino también poblacional, aspecto este último derivado en buena parte, probablemente del primero. De hecho, la estabilidad de su uso dentro de la globalidad de la vajilla de la Fase, es un síntoma más de su asociación estricta a la vajilla de cocina y, por tanto, no sujeta a las incidencias de un mercado externo. En este sentido, ese descenso de la producción o de la frecuencia proporcional de un recipiente/objeto de carácter interno, está apuntando al hecho de que la crisis también es, o al menos se traduce, en una disminución poblacional durante esa etapa de desarrollo del poblado; de no ser así, los recipientes de específica utilidad en cocina y almacenaje se mantendrían estables respecto de la fase anterior, al menos en lo que a producción en términos absolutos se refiere. Por otra parte, la estabilización de los índices de frecuencia ¿están de nuevo incidiendo en la ya apuntada hipotética salida o abandono del poblado de gentes no autóctonas —habría que analizar si coloniales o, por el contrario, indígenas procedentes de asentamientos más o menos próximos e instalados en El Castellar durante la Fase III ante la amplia oferta que debió generar su fuerte desarrollo económico y que ahora ven desaparecer ante la influencia de acontecimientos históricos de signo diverso— ante la crisis que vive este poblado y, probablemente, otros muchos mediado el s. VI a.C., o ¿es un simple reflejo de una vuelta a situaciones precomerciales y precoloniales ante la ausencia del estímulo económico que, en el fondo, había generado la situación de los ss. VIII y VII a.C.? A encontrar una posible contestación a estos interrogantes puede ayudar el análisis de los componentes de la vajilla de almacenamiento de productos y transporte de los mismos.

En primer lugar los pithoi o tinajas de asas geminadas traducen un fenómeno similar; esto es, descenso brusco en la producción que implica una reducción de la misma del orden del 58,34% y se hace notar en el 17,49% de caída en la proporcionalidad de este tipo respecto del resto de la vajilla de este período. Por tanto, no sólo se da un descenso de su producción sino que este tipo de recipientes son ahora menos necesarios que antes, en la proporción indicada, lo que implícitamente está apuntando a un descenso demográfico ya que, si dicho fenómeno está intrínsecamente rela-

cionado con la aminoración comercial a la que venimos haciendo referencia, parece claro que esa aminoración de productos no se llenó con una producción propia puesto que el número de contenedores de los mismos se reduce drásticamente.

Este descenso de los stocks de ámbito doméstico incide, en principio, en esa posible disminución poblacional a la que hemos hecho ya frecuente referencia en las líneas precedentes, aunque cabe preguntarse si la aminoración de este tipo de contenedores no se sustituiría por la utilización de otro recipiente de dimensiones asimismo grandes; en este caso tan sólo las orzas mayores de 20 cms. en el borde, ofrecerían una capacidad de almacenaje más o menos aproximada a la del pithoi; pero es precisamente esta variante de orza la que en esta fase tiene una menor presencia y producción, circunstancia esta que, en principio, invalida tal cuestión. Descartada esta posibilidad y en el intento de encontrar una respuesta lo más objetiva posible a esta elocuente reducción, queda llamar la atención sobre el hecho de que las ánforas —tipo cerámico que amén del transporte implica, en cierta forma, la función de almacenamiento como envase y contenedor que es de un determinado producto— aumentan ahora su presencia proporcional entre la vajilla, a pesar de que su producción baja, en un fenómeno coincidente con lo ya visto para otros recipientes de este período como las orzas/ollas, o los cuencos y las escudillas; ambas circunstancias, descenso numérico por reducción de su producción y aumento del papel jugado entre los componentes de la vajilla, se dan, además, con índices muy similares a los que vemos en el caso de las tinajas/pithoi. ¿Pudo, pues, asumir el ánfora una parte del papel jugado en el poblado por los pithoi para almacenaje?

Los datos cuantitativos que ofrecen al respecto las ánforas de la Fase IVa —descenso de la producción del orden del 31,83% y aumento de su proporcionalidad en un índice próximo al 26%— no descartan, a priori, tal posibilidad, teniendo en cuenta, además, que el porcentaje de frecuencia relativa que ofrecen ahora —18,98%— será el mayor que había alcanzado y alcanzará este tipo a lo largo de toda la ocupación del poblado. Al margen de esa posibilidad de asunción de otro uso además del que le es propio como envase de productos a transportar, los datos cuantitativos insisten en la existencia de una crisis generalizada del comercio, a la vez que indican que, a pesar de ello, no se paralizó o desapareció dicha actividad, sino que, como hemos avanzado en líneas precedentes, comienza a descender, ralentizándose de forma considerable las transacciones de un determinado origen que implicaban a la mitad Sur del Mediterráneo Occidental, en una aminoración que alcanzará sus máximas cotas durante la subfase IVb inmediata.

Pero junto a esa presencia residual del comercio de orientación colonial-fenicio, otra u otras corrientes transaccionales aprovecharan, aunque parece que por un espacio

de tiempo mucho menor, la situación de interregno que en las actividades comerciales de gran escala vive la población indígena del Sureste, introduciéndose en los mercados ya abiertos por aquéllos y en los que el nivel de vida alcanzado, tal y como se refleja en *Librilla-III*, aseguraba la salida de los novedosos objetos y los productos objeto de intercambio.

En este sentido es interesante detenerse en qué formvariantes están ahora presentes, tanto como perduración como por innovación, en qué índices y cuáles, por el contrario, desaparecen. Seguirá siendo predominante la variante P.5 a pesar de que su producción, siguiendo la tónica general detectada, desciende en un 73,32 %, circunstancia que ocurre igualmente con las formas P.3, P.4 y P.6 cuyos índices de caída son del 58,11%, 51,13% y 63,36% respectivamente. En cambio, la variante P.7 aumenta ahora su producción en un 77,30%, convirtiéndose así en la segunda más frecuente dentro de las ánforas de esta subfase.

Pero lo más interesante de las ánforas de este período es la presencia, entre las primeras capas de desechos con que se refleja el inicio de la actividad del horno M, de dos nuevas formas-variante que de alguna manera inciden en ese cambio de corriente comercial que, como acabamos de indicar, aprovecha la crisis de las colonias fenicias del Mediodía vertebrando con su presencia el inicio de la subfase IVb y el abandono de las viviendas cuya ocupación conforma la subfase IVa. Se trata de un borde de ánfora etrusca, próxima tipológicamente al tipo 4 de M. Py (Py, 1974) y de otro correspondiente a un ánfora massaliota, de tipología evolucionada, de la segunda mitad del s. VI a. C. y, quizás, próxima al último cuarto de dicho siglo; esta cronología ayuda, en cierta forma, a concretar el abandono de las casas de esta subfase y el inicio de la Subfase IVb en torno al tercer cuarto del s. VI a. C.

Esta presencia está indicando, efectivamente, un cambio de proveedores ubicados ahora en el arco del Noreste Hispano y el Golfo de León —Ampurias/Marsella— que, no obstante, conviven con la permanencia de un comercio fenopúnico en clara disminución pero no totalmente cortado. En favor de la primera acepción de esta última consideración habla no sólo ese descenso del volumen de mercancías o de la drástica caída numérica de los componentes de la vajilla doméstica, sino también la presencia, ahora, de un mayor volumen de hierro manufacturado entre los ajuares domésticos de las casas de esta época, presencia que irá en aumento en las fases siguientes (ROS SALA, 1989).

EL FINAL DE LA CRISIS Y LOS INICIOS DE LA RECUPERACIÓN ECONÓMICA

Los datos que aporta el contexto material del área cuya

ocupación conforma la subfase IVb, indican una prolongación del descenso en la producción, que de esta manera toca fondo, a la vez que ciertos síntomas de una paulatina recuperación que marca el final del siglo VI y los inicios del V a. C. en el poblado. En principio, el material cerámico ofrecido por estos niveles suponen un 6,81% del total muestreado en el poblado, el menor, por tanto, de los períodos ocupacionales diferenciados (Gráfico 1).

Pero la menor entidad numérica del muestreo no disminuye en sí su importancia cualitativa dado el ámbito del que dicho material procede. En efecto, su asociación a estructuras del taller de ceramistas en el que se fabricaron, supone un interesante complemento a los datos aportados por el área de ocupación doméstica diferenciada como fase IV a; su carácter de producciones propias, ligadas sin lugar a dudas a la dinámica interna del poblado, permiten contrastar, desmintiendo, confirmando o puntualizando la lectura socioeconómica realizada sobre los datos disponibles en la fase IVa, a cuyo análisis hemos dedicado las páginas precedentes. La interpretación de sus datos se ha de ver matizada por el hecho apuntado de que proporciona una información directa del proceso de transacciones internas o periféricas en el poblado y tan sólo indirectamente o de forma inferida, del que en ese momento afectaba al comercio foráneo con el poblado.

En función de esta circunstancia cabe preguntarse, en primer lugar, en qué grupos, tipos y variantes se especializó o produjo en mayor volumen el citado horno. Los datos existentes permiten, tal y como estamos viendo hasta ahora, más de una lectura de los mismos y, por tanto, la respuesta a estas cuestiones dependerá evidentemente del matiz de aquélla. En este sentido, la cuantificación de los distintos grupos cerámicos alcanza en esta asociación taller/objeto manufacturado, una especial significación en cuanto a la especialización de la producción del horno y, de resultas, la comprobación del alcance que la nueva estética oxidante tenía entre la vajilla del poblado a casi dos siglos vista del inicio de su influencia entre la estética local, tradicionalmente reductora. Así, todos los grupos, excepto el de barniz rojo, continúan el descenso de producción ya iniciado con anterioridad; mientras este último grupo aumenta ahora un 14,26%, se producen descensos tan significativos como el 71,44% que sufre el grupo VIII, compuesto predominantemente por ánforas, o el 66,66% del grupo VI en el que se engloban las pintadas bruñidas, o el más lógico, tratándose de un área de carácter no doméstico, 74,38% en que se cifra la presencia de las cerámicas toscas a mano. También las cerámicas a mano finas o cuidadas sufren un fuerte descenso cuantificado en un 55,55%, algo menor —30,76%— en lo que al grupo de las cerámicas pintadas monocromas respecta. Finalmente, es precisamente el grupo de las cerámicas grises a torno el que denota un descenso menor que supone el 19,55%. En consecuencia, entre los grupos repre-

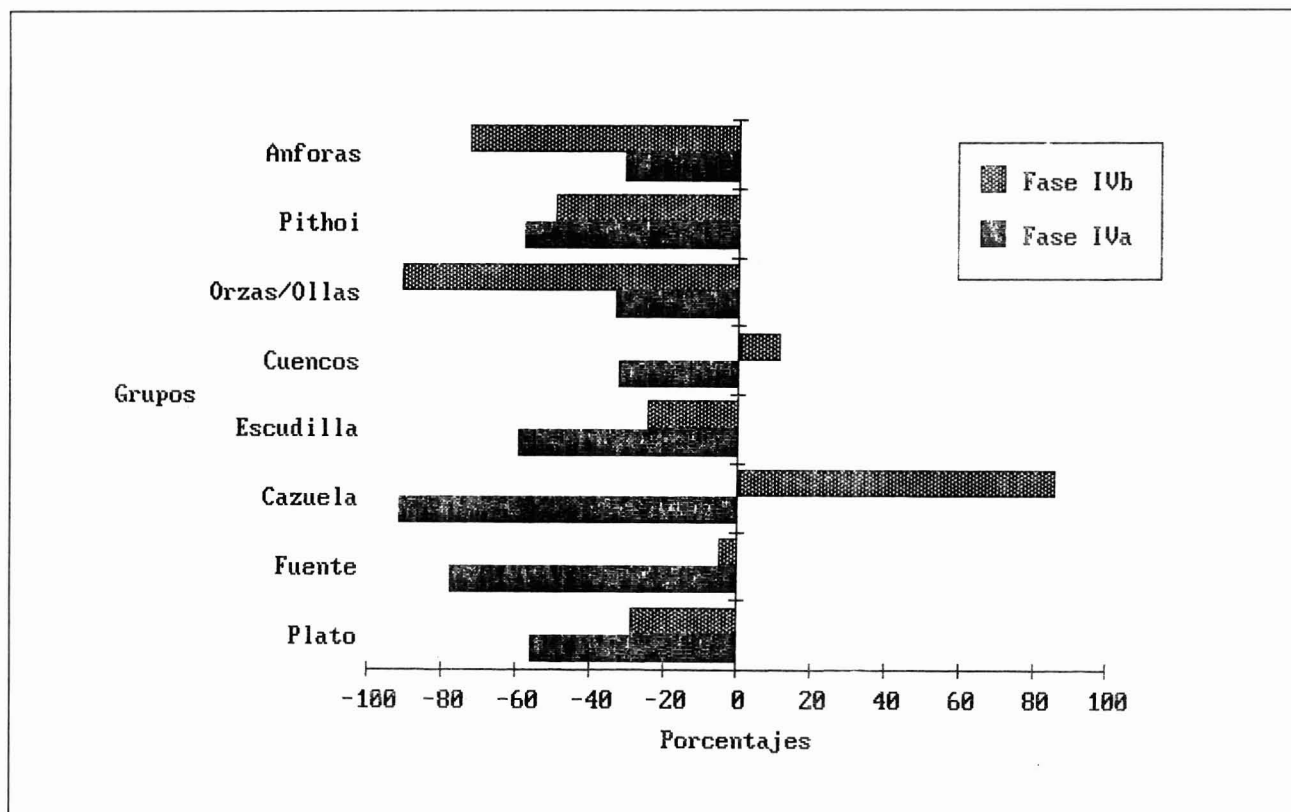


GRÁFICO 5. El Castellar (Librilla). Índices de aumento y reducción en términos absolutos de la producción cerámica en las fases IVa y IVb.

sentados son cuatro los que sobrepasan el 50%, mientras que dos se aproximan, incluso, al 75% (Gráficos 5 y 7).

Con este panorama se deduce, en primer lugar, una mayor especialización del horno en las producciones grises a torno o grupo III, y en las de barniz rojo o grupo IV, seguido a una amplia distancia de las pintadas monocromas a torno identificadas como grupo V. El resto de los grupos reseñados, se siguen manufacturando, evidentemente, en este taller, aunque su producción, como ocurre a menor escala con los grupos V y IV, no sólo no remonta los bajos índices anteriores sino que aumentan el declive. Hay, pues, no sólo una especialización en la estética decorativa reductora que se acentuará con la producción posterior del horno individualizada como Fase V, sino también y fundamentalmente en la oxidante que continúa así la tendencia iniciada a partir de la Fase III, desbancando a la tradición reductora de forma definitiva; de hecho, los índices de proporcionalidad entre la vajilla analizada apuntan a una mayor demanda de las cerámicas de barniz rojo que suponen, ahora, un incremento del 56,68%, seguidas de las grises a torno, cuya presencia aumenta un 37,05%, y de las pintadas monocromas cuyo uso se incrementa un 26,83% pese a la

drástica reducción, ya señalada, de la producción de estos dos últimos grupos.

En cambio, en correspondencia con la reducción de los índices de producción de los grupos II, VIII, VI y I, su proporcionalidad también desciende y de forma más acusada en el grupo VI que baja un 51,2%, seguido del Grupo II, cuya presencia cae un 49,35%, y del Grupo VIII cuya proporcionalidad y, en definitiva, uso, desciende significativamente un 43,56% (Gráficos 6 y 7). Hay, pues, de hecho y a pesar de que continúa la tendencia a la baja de la producción vascular —excepción hecha de las cerámicas de barniz rojo—, una revitalización en la demanda de las cerámicas de barniz rojo, de las pintadas monocromas y de las grises, a la vez que un brusco descenso de la presencia y producción del grupo VIII o, lo que es igual, de las ánforas, que registra así el índice más bajo, si exceptuamos el alcanzado en la fase II, en la que el intercambio comercial de este signo estaba en sus inicios.

Esta última constatación es, de una parte, sintomática respecto del decaimiento económico que vive el poblado a fines del s.VI/inicios del V a. C., aunque, de otra, insiste en que dicho decaimiento no llegó a significar nunca un cese

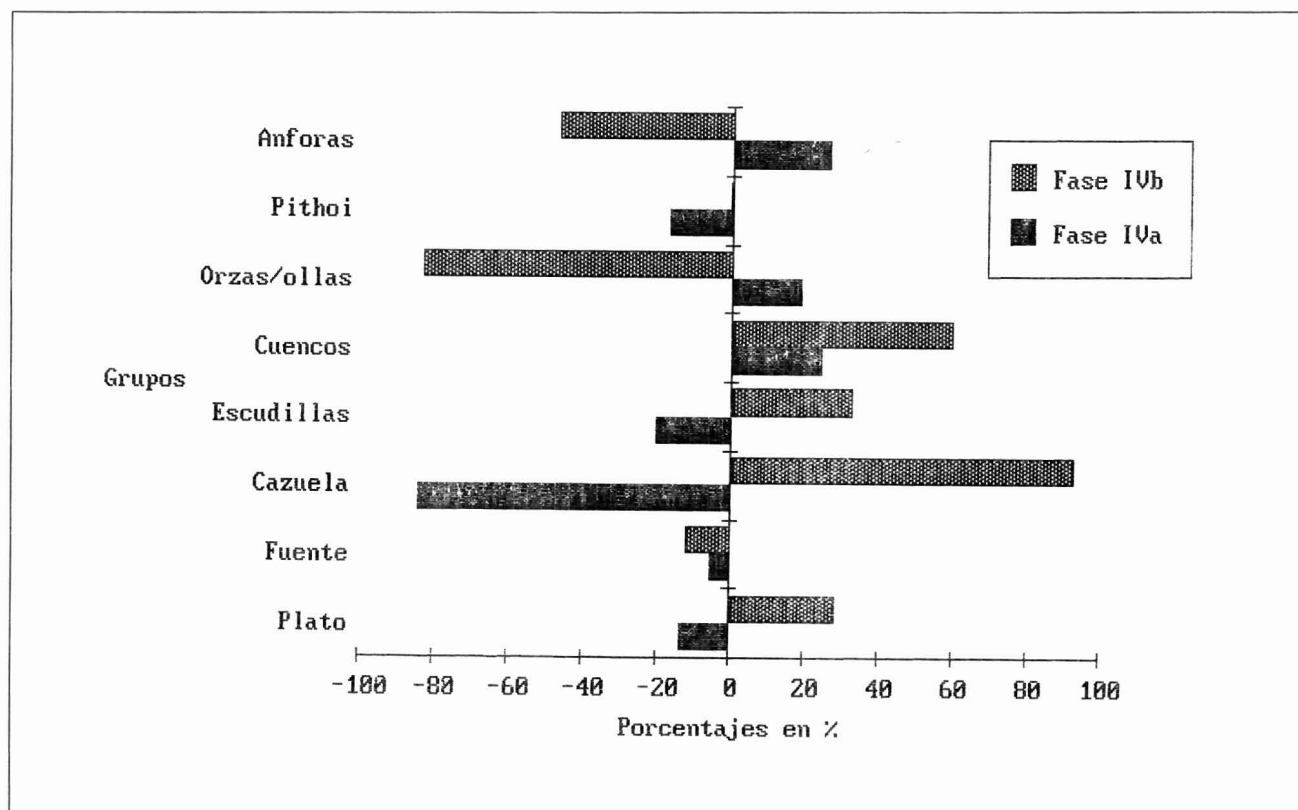


GRÁFICO 6. El Castellar (Librilla). Índices de aumento y reducción en términos relativos de la cerámica de olas fases IVa y IVb.

de las actividades de intercambio, puesto que la presencia de ánforas, asociada al horno que presumiblemente las fabricó, es un calibrador no sólo del aumento o descenso de la propia producción de envases, sino, también, y ello es lo más importante, del nivel de producción de productos destinados al comercio por parte del propio poblado. En este sentido, la interpretación de esos datos como una posible acentuación de la crisis, no es sostenible para este contexto ya que, en principio, entre los desechos del horno sólo deben hallarse los restos de la producción del mismo, es decir, los restos de lo que las gentes de la fase IV comercializa como agente importador. Es interesante, pues, por esencial a una más objetiva interpretación del dato, considerar el contexto de la Fase IVb, en mayor medida que cualquier otra consideración, como el efecto y, en cierto modo, la reacción del otro agente en la peculiar atmósfera de transacciones comerciales que evidencia el contexto de consumo de la Fase IVa; y recalamos lo de cualquier otra consideración, puesto que parece también evidente que, indirectamente, de la lectura de dicho contexto artesanal o industrial es posible entresacar una información más amplia que afecta a la situación general de la economía del poblado.

Profundizando en la cuestión, vamos a ver cuál es la

información que proporciona el análisis de los tipos cerámicos presentes y su comportamiento cuantitativo y cualitativo. Es especialmente significativo al respecto, que todos los ejemplares de ánforas del contexto inicial del horno correspondan a una única variante —la diferenciada como P.5— junto a la circunstancia de que la producción descienda en términos absolutos en un 73,32%, con un índice que se presenta como el más bajo alcanzado por este tipo de recipiente cerámico a lo largo de la vida del poblado. El hecho implica, en primer lugar, la confirmación de la fabricación de dicha variante en el propio poblado, al menos desde estos momentos. En segunda instancia, y esto ya es más problemático, la ausencia de otras variantes como la P.3, P.4, P.6 y P.7, presentes en el contexto IVb, está indicando en principio que, al menos en un primer momento, ninguna de ellas se fabricó en este taller, con lo que se deduce que la presencia de estas últimas —y, evidentemente, las singularizadas como P.8 y P.10, productos de un comercio específicamente foráneo que no tuvo continuidad hasta más tarde— en los ámbitos domésticos IVa obedecía exclusivamente a un comercio de productos envasados que llegaban de fuera al poblado; esta lectura no coincide con la que se deduce, en cambio, de la presencia de todas las

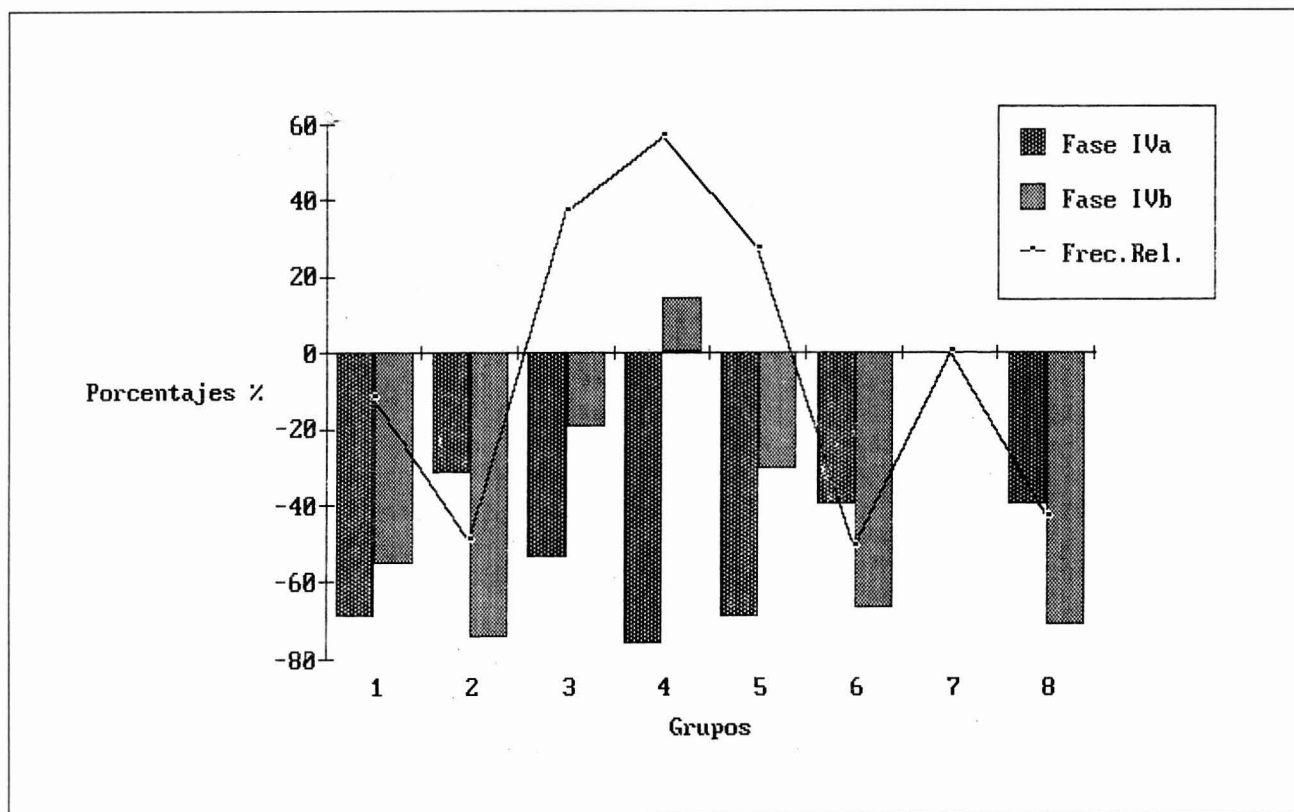


GRÁFICO 7. El Castellar (Librilla). Índices de aumento y reducción de la producción cerámica en términos absolutos y relativos en las fases IVa y IVb.

variantes de ánforas citadas —excepto la P.7— como ausentes en IVb, en los niveles asociados al horno que constituyen la fase V, continuadores de la deposición de desechos de dicha estructura en un segundo período de actividad. En consecuencia, no se puede afirmar que dicha ausencia signifique un cese de las importaciones de productos envasados ya conocidos en otros períodos de ocupación del poblado, pero tampoco se puede afirmar lo contrario, esto es que el intercambio de orientación u origen específicamente colonial viviera ahora sus cotas más bajas siguiendo la tendencia iniciada en la subfase IVa. De hecho, como veremos más adelante al tratar la información suministrada por los platos, aparecen ahora, por primera vez en el poblado, los platos de barniz rojo de labios muy amplios y, en algún caso, con el borde lobulado, cuya filiación tipológica y estética no deja lugar a dudas sobre la orientación cultural del comercio de este momento y el continuismo que el mismo supone, respecto al ámbito colonial que lo había sustentado en la fase anterior, aunque también es evidente que el intercambio queda ahora en otras manos que, en principio, debieron tomar las riendas comerciales que precipitadamente dejan en las primeras décadas del s. VI a.C.

las colonias fenicias establecidas durante los ss. VIII y VII a.C. en el Mediodía peninsular. Lo cierto es que, por encima de cualquiera de estas posibilidades, la producción anfórica continúa y a pesar del brusco descenso que registra, no desaparece; va a continuar ralentizada, aunque parece que ninguna de las variantes señaladas se fabrica y la única que se produce lo hace con unos índices significativamente bajos.

En este último aspecto, los índices de frecuencia relativa que revelan los porcentajes de las ánforas a lo largo de las fases IVa y b, y V — +9,65%, -11,58% y +1,25% respectivamente— son datos elocuentes de esa paulatina desaparición del comercio colonial como motor del auge económico y poblacional que habían vivido los poblados indígenas del Sureste a fines del s. VIII y durante el s. VII a. C.; en este último sentido los porcentajes traducen el hecho de que, además de registrarse ahora una mínima producción de estos envases, por primera vez baja su proporción o demanda dentro de la globalidad de la vajilla, lo que al fin y a la postre indica una menor entidad del intercambio comercial. Por otra parte, como indicábamos más arriba, de la fabricación del ánfora P.5 en el poblado se deduce indirectamente

tamente una producción de excedentes alimentarios por parte del poblado que completaba el marco de producciones propias a intercambiar junto con el metal, los objetos manufacturados, los derivados del bosque y la caza, la ganadería, etc. Esta evidencia, junto con el contraste visto de los datos de la Fase III y la Subfase IVa, relativas al comportamiento de la vajilla de almacenamiento/transporte en ambas ocupaciones, deja entrever para la economía del poblado en las fases más antiguas, un modelo productivo similar con una producción de stocks relativamente importante destinados al intercambio comercial. Un matiz al ámbito de incidencia de estos stocks que, de igual forma, tiene importantes implicaciones desde el punto de vista social, se deduce del carácter que adquiere ahora, por ejemplo, la producción metalúrgica o la manufacturación cerámica pese a que, en este último caso y para las fases más antiguas, sólo contamos con datos indirectos para establecer analogías. En ambos casos, el carácter industrializado que las estructuras y el comportamiento del entorno espacial inmediato traducen, están indicando una dedicación temporal a dichas producciones, por parte de al menos estos determinados grupos, dentro de la población de Librilla-IV, que hace pensar en una posible derivación de parte de esos stocks para un comercio o intercambio interno, que proveyera a dichos grupos de los productos que en un modelo de mera economía de subsistencia ellos mismos conseguirían con una distinta dedicación ocupacional. Pero la valoración de los aspectos sociales derivados de los hechos económicos que aquí tratamos de analizar, requieren un ámbito de desarrollo mayor del que aquí podríamos dedicarle por razones de espacio; remitimos, por tanto, al lector interesado en su profundización a un próximo artículo, en elaboración, en el que se tratan estos problemas desde una perspectiva social.

Continuando con los recipientes destinados a almacenamiento, también los pithoi de asas geminadas se manufacturaron en este horno, aunque ahora su producción descende un 50% mientras que su índice de proporcionalidad se reduce tan sólo un 1,10%. El dato insiste, pues, en la reducción comercial, el empobrecimiento económico y el descenso de población puestos en evidencia en los contextos domésticos IVa.

Pero el tipo cerámico que manufacturó con un volumen mayor este horno es el plato, cuya presencia del 38,75% registra un aumento del 28,15%, pese a que es precisamente ahora cuando su producción en términos absolutos, con un 8,88%, supone el índice más bajo de todas las fases del poblado con un declive del 29,52% que resulta prácticamente igual al que, en un efecto contrario, registra el aumento de su proporcionalidad o uso entre la vajilla de este momento. En un segundo lugar se sitúan los cuencos, cuya presencia aumenta un 59,46% aunque el incremento de la producción absoluta supone sólo un 11,11%. Tras éste, la

mayor presencia corresponde al tipo ánfora que alcanza un 10% de proporcionalidad y, en cuarto lugar, se sitúan las cazuelas que con una presencia del 8,75%, aumentan su proporción en un 92,80%, efecto que se refleja igualmente entre los índices de producción absoluta cuya comparación supone un aumento del 85,72%.

Idéntico fenómeno al que reflejaban los pithoi, traducen los índices de fuentes y soportes que también se manufacturaron en el poblado, produciéndose en ellos un descenso tanto de la producción absoluta —en el primer caso el declive se cuantifica en un 5,5% mientras en el segundo supone un 60%— como de su presencia proporcional que para las fuentes descende en un 12,12% y en los soportes lo hará en un 20,88%. En cambio en el caso de los vasos caliciformes se registra un aumento considerable en ambas parcelas; mientras la producción absoluta registra una subida del 75% el índice de proporcionalidad lo hará en un 87,4%. Una baja de la producción, cifrada en un 25%, a la vez que un aumento de su proporcionalidad, cuantificado en un 32,53%, registran por el contrario las escudillas.

Mucho más brusco es el descenso que refleja la producción de las orzas cuya reducción supone el 91,90% —fenómeno que parece lógico dado que las características de fabricación que requiere este tipo en su generalizada manufacturación a mano, tosca, permiten su cocción en hornos más rudimentarios, por lo que su fabricación, de costo mínimo, quedaría asociada al ámbito del trabajo doméstico con lo que ello supone, en una delimitación de las distintas tareas ocupacionales dentro del entramado social del poblado—, efecto que se repite en la cuantificación de la proporcionalidad que alcanza entre el resto de la vajilla contabilizada, cuya retracción supone el 84%.

La globalidad de los datos reseñados apuntan a una mayor demanda interna y, por ende, especialización del Horno M, de elementos vasculares adscritos a la vajilla de mesa y, entre ellos, específicamente cazuelas, cuencos y platos, entre el servicio de recipientes o contenedores de uso individualizado, así como los vasos caliciformes que, entre los elementos para servir líquidos, sustituirán definitivamente a los jarros de cuello estrecho, con baquetón o arista central, tan característicos de las producciones suntuarias de barniz rojo de las fases II y III, y presentes todavía en la IV, entre los contextos IVa. En el caso de la vajilla de almacenamiento y transporte es claro que descendiendo su demanda, a la vez que desaparece la variabilidad formal, lo cual es, en cierta manera, un nuevo indicio de la ausencia de un intercambio comercial de carácter variado o heterogéneo. En cuanto a la vajilla de cocina, el carácter del área ocupacional del que proceden los datos no aconsejan hacer una valoración estricta; no obstante, la proximidad temporal y práctica coetaneidad de los sectores individualizados como subfases IVa y IVb, permiten la traspolación de los datos y la valoración arrojada por el análisis de los

útiles de cocina del área de habitación que engloba la primera de las citadas.

Entre los componentes de la vajilla de mesa cuyas producciones son ahora más representativas, la que aumenta en mayor medida su producción, tal y como acabamos de ver, es la cazuela, mientras que la mayor proporcionalidad en uso, y hay que pensar que en igual medida en demanda, la alcanzan, una vez más, los platos. En el caso de las primeras, su manufacturación corresponde mayoritariamente al grupo de las cerámicas grises, mientras el resto se manufactura con las características propias del grupo de barniz rojo. Entre sus variantes formales continúan fabricándose las cazuelas B.3 y la B.6, con un predominio de la primera sobre la segunda que ahora se hace también entre el grupo de barniz rojo; pero en ambos casos la producción mayoritaria corresponde, como acabamos de señalar, al grupo de las cerámicas grises, circunstancia que viene a incidir, desde el punto de vista de la estética demandada, en el carácter de perduración y, sobre todo, de continuismo cultural que supone la presencia de ambas formas desde la fase II del poblado. En este sentido es el momento de insistir en que los acontecimientos políticos y económicos que vivió el Mediterráneo Occidental en el s. VI a.C. no alcanzan a modificar en modo alguno, al menos en lo que al Sureste y Mediodía respecta, la orientación cultural asumida a lo largo del s. VII a.C., ni tampoco parece que ello pudo ocurrir en la mayor parte del s. V a.C. Es más, hay ciertas formas —variante de otros tipos como, por ejemplo, las escudillas, entre las que se vuelve a producir una variante de filiación colonial, la C.4, que ya no estaba presente entre la vajilla de la subfase IVa y que, además, ahora, se vuelve a fabricar con las características del grupo de barniz rojo. ¿Es éste un indicio de que algunos productos foráneos, cuya importación había cesado con el inicio y desarrollo de la crisis comercial de mediados del s. VI a.C., se fabriquen ahora en los talleres autóctonos como imitación de aquéllos? En esta misma circunstancia podría entenderse la reaparición, aunque con una mínima presencia, de un tipo como el de las tacitas de paredes finas que, pese a tener un origen local, se había convertido en pieza característica de la vajilla de mesa, manufacturada en barniz rojo, durante la fase III.

En lo que a los platos respecta, el descenso que sufre su producción —29,36%— es, no obstante, mucho menor que el que había registrado —56,44%—, por idéntico concepto, en la subfase IVa respecto de la fase III. Su producción seguirá integrándose, mayoritariamente, dentro del grupo de las cerámicas grises cuya cuantificación sube sensiblemente, mientras que la manufacturación de platos en barniz rojo y entre las pintadas monocromas permanecen estables respecto al período IVa; tan sólo desciende el grupo VI que decrece algo más de la mitad. Si entramos a considerar las variantes manufacturadas en este tipo, vemos que continúa el predominio de los platos sin labio que suponen el 51,59%

frente al 19,34% y el 16,12% de los platos con labio vuelto y los de labio vuelto y pendiente respectivamente. Dentro de aquéllos, es la variante G.1 la que alcanza el mayor índice de producción y demanda, convirtiéndose en la forma característica y fabricándose entre los tres grupos cerámicos en que se manufacturó el tipo plato en esta subfase. Entre los de labio vuelto la mayor demanda que, no obstante, supone menos de la mitad que la registrada por la G.1, corresponde a la variante G.7, mientras que la G.10 será la más requerida entre los platos de labio vuelto y pendiente.

En consecuencia, se refuerza la tendencia ya iniciada con la subfase IVa, del gusto por las variantes sin labio, invirtiéndose de esa forma la mantenida en las fases más antiguas en las que el plato se introdujo entre los componentes de la vajilla indígena; así, en la fase II el predominio fue el de los platos con labio vuelto y pendiente —G.10— mientras que en la III correspondió esa circunstancia a los de labio vuelto —variante G.8—, tendencia que continuó en la fase IVa aunque ya con un fuerte tirón de las producciones sin labio. No obstante, dentro de la tendencia marcada, hay que señalar ahora un ligero aumento de los platos con labio vuelto y pendiente que con un 16,12% supera en más del doble el 6,81% que habían supuesto en la subfase IVa, a pesar de que ese índice sigue estando muy alejado del 36,36% que como punto álgido había alcanzado durante la fase II.

Aunque morfométricamente se produce ahora entre los platos del Grupo III una tendencia al aumento tanto del ancho del labio de los platos que lo presentan —máx. de 1,9 cms. y mín. de 1,1 cms., con una media de 1,54 cms.— como en la amplitud del diámetro del borde —oscilan entre 36 cms. y 22,8 cms. con una media de 27,8 cms., lo que respecto al concepto anterior supone un descenso de los cocientes de relación que, con una oscilación de 27,81 a 14,25, ofrecen un cociente medio de 18,56, más bajo que los anteriores—, hay un dato cronológico y comercial interesante entre el repertorio de platos de labio vuelto y pendiente con barniz rojo y es la presencia de un ejemplar con un labio cuyo ancho de 3,7 cms. no se había dado en el poblado hasta el momento, y otro, también ancho —aunque desconocemos su anchura total— con el borde del labio lobulado.

Estas circunstancias ligadas a la producción de los platos, unido al aumento del 28,15 % que su proporcionalidad alcanza ahora con respecto al resto de la vajilla, da pie a sospechar que ya en estos momentos de transición del s. VI al V a. C. se inicia una discreta recuperación económica, detectable en los fenómenos de crecimiento productivo que hemos visto darse en los casos de escudillas, cazuelas, vasos caliciformes, tacitas de paredes finas y soportes. Este punto nos parece de suma importancia en lo que de fin de una crisis económica y, por ende, poblacional comporta; pero si continuamos la lectura de los datos vasculares, nos

encontramos con que, dentro de la vajilla de cocina, si bien como ya hemos señalado con anterioridad, el comportamiento estadístico del tipo orzas/ollas no se puede considerar significativo por la distorsión que en razón de su naturaleza supone su presencia en un horno de las características del Horno M, no ocurre lo mismo con el tipo cuenco. En efecto este elemento cerámico, con un uso factible tanto entre la vajilla de mesa como en la de cocina, no sólo aumenta su producción absoluta sino que dobla al alza su proporcionalidad respecto del resto de la vajilla del momento. A esta constatación hay que añadir la que se infiere del comportamiento de la vajilla de almacenamiento/transporte en la que, no obstante, es factible una doble e interesante lectura. De una parte, los recipientes de almacenamiento doméstico tipo pithoi de asas geminadas ya hemos visto que pese al fuerte descenso de su producción, mantienen más o menos estable su proporcionalidad respecto a la fase anterior, hecho que incide en la circunstancia apuntada de una tendencia a la estabilidad que dentro del descenso poblacional que se había iniciado en el período inmediatamente anterior, comienza a detectarse con el aumento del volumen de producción que refleja la vajilla de mesa.

En cambio las ánforas sufren reducciones considerables y de cuantificación similar —52,97 % en producción y 47,31 % en proporción— en ambos conceptos, lo que parece indicar, en una interpretación de los datos como una drástica disminución del comercio foráneo como agente activo, que esa recuperación económica a la que hemos aludido, va a responder o va a tener como una de sus más importantes bases, una dinámica comercial diferente a la que, durante el s. VII y parte del VI, actuó como motor de los cambios socioeconómicos que vemos totalmente asu-

mididos por las poblaciones del Sureste en este último siglo y cuya defeción provoca la situación que refleja el final de Librilla IV a fines del s. VI a.C. e inicios del V a.C. ¿Es éste el primer síntoma de la introducción de cambios en el modelo económico hasta ahora seguido, con una intensificación del papel de las poblaciones autóctonas en el intercambio comercial, aun dentro de la preponderancia del comercio de igual orientación cultural en las colonias púnicas del denominado Círculo del Estrecho? ¿Podría interpretarse en este sentido el hecho de que a partir del s. V y fundamentalmente a fines de éste y en la primera mitad del s. IV a.C., predomine en este área una orientación del comercio similar, con una invasión de mercancía/objeto foránea y una significativa ausencia de mercancía/producto de idéntico origen, reflejado en la falta de envases de productos de filiación griega? A este respecto, ¿podría pensarse que a partir de ese momento que vertebra precisamente la crisis del s. VI a.C., las poblaciones del Sureste y es de pensar que también las de las regiones limítrofes, pasan a ejercer un papel preponderante, como productor y proveedor, en la nueva dinámica de relaciones que regirá el comercio entre las poblaciones Ibéricas de los ss. V y IV a.C. en este área?, ¿es posible asociar este cambio económico con el que surge a fines del s. VI y en el V a.C. en aspectos socialmente creativos como es lo cultural, lo artístico, la urbanística, etc. y, como efecto tardío, con la construcción de estructuras defensivas en asentamientos en los que no se detectan tales obras en la época anterior? Finalmente ¿apoya este cambio y la orientación en las relaciones de intercambio propuesta, la presencia de una moneda griega —estátera de Lesbos— fechada a fines del VI a. C. en el poblado interior de Bolbax (Cieza, Murcia) (Lillo Carpio, 1981:249).

BIBLIOGRAFÍA

- GONZÁLEZ PRATS, A. (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*. Alicante.
- LILLO CARPIO, P. (1981): *El poblamiento ibérico en Murcia*. Murcia.
- PY, F. M. (1974): "Les amphores étrusques de Vaunage et de Villevieille (Gard)". *MEFRA*, 8.
- ROS SALA, M.M. (1986-87): "El poblado de Santa Catalina del Monte: una aproximación a la urbanística del siglo VI a.C. en el ámbito territorial del eje Segura-Guadalentín". *Cuad. Preh. y Arq. de la UAM*. 13-14, pp. 77-88. Madrid.
- ROS SALA, M.M. (1989): *Dinámica urbanística y cultura material del Hierro Antiguo en el Valle del Guadalentín*. Murcia.
- ROS SALA, M.M. y LÓPEZ PRECIOSO, J. (e.p.): "Avance al estudio del asentamiento costero de la Punta de los Gavilanes (Mazarrón, Murcia)". *XIX C.N.A.*, Castellón, 1987.